

LEÓN ARSENAL
y
FERNANDO PRADO

Rincones de historia española



EDAF

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2008

Índice

PRÓLOGO	II
---------------	----

PRIMERA PARTE: OLVIDOS Y OLVIDADOS

Recuerden siempre que olvidamos	17
I. Un Tercio en los Balcanes	21
— El asedio	
— El asalto	
II. Unas islas olvidadas	35
III. Malos vecinos	47
IV. Peores parientes	61
— Santo Domingo	
— México	
— Chile, Perú, Bolivia, Ecuador...	
V. Los penúltimos de Filipinas	79

SEGUNDA PARTE: DE HÉROES MENORES Y SURTIDOS VILLANOS

Cuidado con los héroes	93
VI. Conde de España y Tigre en Cataluña	99

VII.	La suerte de Guéret	113
VIII.	La vida de la galera	125
IX.	Pánfilo	135
X.	Fábulas marruecas	147
	— El Pozo de Tistutin y su guarnición	
	— Declaración a Picasso	
	— El juicio contradictorio de la Laureada de San Fernando: declaración de Arenzana	
	— Otras declaraciones	
XI.	Una misa en Cornualles	163

TERCERA PARTE:
DE QUIMERAS, ESPEJISMOS Y EMPRESAS
HARTO ARDUAS

El pago de los desvelos	175
XII. Dos Tercios en Irlanda	179
XIII. Apertura escocesa	191
XIV. Defensa francesa	201
XV. Defender La Habana	211
XVI. El <i>Glorioso</i>	225
XVII. Nuestro último explorador	237
EPÍLOGO	251

Apéndices

I. Desde el bando norteamericano	255
II. Tras el desastre del 98	259
III. Cuestiones dinásticas inglesas	263
IV. Qué fue de los Keith tras Glenshiel	267
V. Entre las ruinas del fuerte del León	271
VI. En busca de Ibarreta	273

BIBLIOGRAFÍA	279
AGRADECIMIENTOS	285

Prólogo

Nos va a permitir que para presentar este libro recurramos a un símil empleado ya con fortuna en los más diversos campos. Vamos a decir que, si la historia en sí misma (el curso de los acontecimientos humanos) fuese el territorio, la historia como disciplina que estudia a la primera sería el mapa. O mejor: los mapas y guías que permiten recorrerlo. Esta comparación se establece para recalcar acto seguido lo que es una verdad tan grande que a menudo se olvida: los mapas no son el territorio.

No. No son el territorio. Nunca lo fueron y nunca lo serán, por mucho que algunos se empeñen. Es algo que conviene tener presente en todo momento.

Ninguna rama del saber humano nos presenta la verdad en estado puro. No podemos aprehender la verdad de las cosas, pero sí crear modelos que representen a las mismas en una forma más o menos aproximada. Por ejemplo, la ecuación de la fuerza de gravedad no es la gravedad en sí misma, sino un artificio matemático que nos permite calcular con gran exactitud sus efectos. Como en la caverna de Platón, nos vemos obligados a trabajar con reflejos de los originales. Con modelos a los que de continuo introducimos modificaciones y a los que, llegado el caso, descartamos para sustituir por otros nuevos, más ajustados a la realidad.

Pero, además, algunas ramas del saber humano gozan de la bendición de la asepsia. Bendición que les ha sido en cambio negada a otras. La fórmula de la gravedad, por seguir con el ejemplo de antes, es neutra. Funciona o no funciona. Si funciona, se aplica, y si no, se descarta. Eso es todo. Carece de ideología. No puede ser alabada como progresista o tildada de reaccionaria. No está sometida a interpretaciones, análisis o juicios de valor.

En cambio, la historia como disciplina cae de lleno en la parte más espinosa del saber. Las versiones e interpretaciones que distintos autores dan de la historia difieren siempre, y a veces de forma fenomenal. Dan pie a polémicas continuas. Al revés que en otras ciencias, algunos estudiosos de la historia no solo no se despojan de sus prejuicios (entendidos como tales, es decir, ideas preconcebidas), sino que cargan las tintas sobre ellos e incluso muchos los consideran como un valor añadido. El análisis desde ideologías políticas concretas estuvo y está a la orden del día, con el aplauso de muchos.

Por eso, no podemos extrañarnos de que, aunque el territorio sea único, exista una multitud de mapas y guías, más que contradictorios los unos con los otros. Pero, en cualquier caso, hay algo en lo que todos coinciden. Todos están llenos de espacios en blanco, de zonas dudosas, indicaciones inexactas e incluso territorios míticos y con monstruos al acecho, como las antiguas cartas de navegación medievales.

Por seguir con el símil, los mapas de la historia están recorridos —como todos los mapas— por multitud de caminos, unos anchos como autopistas, otros estrechos y sinuosos, como carreteras secundarias. Esas autopistas son la historia que se nos suele enseñar al hombre de la calle: anchurosas, rectas, vías por las que se transita tan rápido que solo permiten un vistazo fugaz a los paisajes concretos, antes de dejarlos ya atrás. La historia de verdad es, por supuesto, mucho más amplia y compleja. Pero la comparación con la autopista no es un reproche, sino la constatación de un hecho.

No es posible formar a la gente para que sea un especialista, o siquiera un entendido, en todos los campos del saber. Esa pérdida del humanismo renacentista (entendido como una erudición totalista), que aún algunos lloran, no es más que el indicador de algo en realidad muy positivo: que la humanidad ha progresado de forma astronómica (al menos en la cuestión del conocimiento) durante los últimos siglos. Se dice que, en la actualidad, duplicamos nuestro caudal de conocimientos cada veinte años. Por eso, no es de extrañar que cuando se trata de formar gentes con cultura general, no se pueda sino dar una visión de conjunto y casi a vuelapluma de las distintas ciencias y disciplinas.

Pero sí es cierto que eso tiene su reverso nada positivo. Las grandes rutas trazadas para el común de los mortales (es decir, usted y nosotros) pasan por una serie de puntos destacados. Y estos últimos, unas veces son hitos señeros de verdad y otras solo lugares comunes (en el sentido de tópicos creados), cuando no montajes destinados a engañar al viajero.

Quizá haya visto una película excelente y ya antigua: *Bienvenido, mister Marshall*. Esa cinta, rebosante de humor negro, nos cuenta cómo los habitantes de un pueblo castellano de la posguerra, acuciados por la miseria, dedican disfrazarse de andaluces y cubrir sus viviendas mesetarias con falsa fachadas, también andaluzas —que es o era la imagen tópica que de nosotros tenían los estadounidenses—, con la esperanza de que les cayesen así unas migajas del Plan Marshall, que reconstruyó Europa a finales de los años cuarenta. Bueno, pues con la historia que nos cuentan a veces ocurre igual, y tras las fachadas que vemos al pasar a toda prisa (como los estadounidenses en la película, que cruzan a toda prisa el pueblo, sin detenerse), puede ocultarse una realidad bien distinta.

Pero este libro no está dedicado a las falsedades históricas. Puede que algunas veces las rocemos o mencionemos alguna, pero nuestra intención es bien distinta.

Como antes hemos dicho, además de las grandes vías, existen multitud de carreteras secundarias, y aun caminos de herradura y senderos. Este libro pretende ser una especie de guía para viajeros curiosos que les lleve por algunas sendas poco transitadas de la historia española. Nuestra intención es mostrarles, de forma somera, algunos rincones curiosos, extraños y en ocasiones casi olvidados, de nuestra larga y laberíntica historia.

Esperamos que disfruten del viaje y de los hitos que lo vayan jalonando. También nos gustaría abrir apetitos a la hora de conocer un poco más sobre nuestros vericuetos históricos. Porque es bueno no quedarse en los lugares comunes de la historia que, insistimos, son necesarios para poder manejarse con el increíble caudal de conocimientos que han acumulado nuestros tiempos; pero que también pueden llevarnos a adoptar corsés mentales que constriñan o incluso oculten la verdad.

Si es que existe una verdad histórica, claro; que eso también podría discutirse y mucho. Es posible que la verdad en términos absolutos no exista. Lo que sí es seguro es que existen la mentira, la falsedad y el olvido, y que nuestra historia —como la de cualquier nación— rebosa de ellas.